El desapercibido y otros fragmentos

Antonio Cabrera

El desapercibido.- Si estamos aquí, en la vida, será para que se note. Después de tanto esfuerzo puesto por la evolución en su trabajo con nuestra especie, no es mucho pedir que al menos se la compense con el logro de hacer palmaria la presencia de cada individuo. No hablo de protagonismo, hablo de constatación. Que mi presencia sea notada, y la tuya, y la de aquél. No hace falta que los focos nos apunten. Bastará con que una luz general nos ponga bajo su atención y haga posible la entidad suficiente de cada uno. *Vivos* y *vistos* deberían ser términos sinónimos; y su sinonimia, una evidencia. No sucede así. Existe el desapercibido. No se sabe si por azar o por designio, siempre hay alguien que nadie ve, que nadie tiene en cuenta aun estando

aquí o ahí, cerca. Ese que pasa por detrás de nosotros mientras miramos algo. El que en un acto social no merece siquiera el interés breve que despiertan los desconocidos. El que en una multitud es tapado por la multitud. Quien queda olvidado de inmediato como olvidamos el coche que pasa por la calle. O aquél de quien ni tan sólo llegamos a saber que fue aquél. Son maneras de pasar desapercibido, de ser el desapercibido. Palpita en todas ellas un corazón secreto pero común, una verdad que cuesta reconocer y comprender y aceptar en su entera consecuencia: cada uno de nosotros es ese desapercibido, el no notado. A todos nos toca ser a menudo *no vistos* y, por eso, todos llegamos a estar en tantas ocasiones *no vivos*. Esto es lógico, tremendo, inquietante.

El armiño de la dama.- Lo que más me llama la atención del cuadro es, antes que la dama, el armiño. Verdadero protagonista, a mi parecer el animal proporciona además una clave para la mejor interpretación de los rostros femeninos de Leonardo: son rostros de expresión mustélida. Examínense la mirada y la mueca sutil de la boca en la dama. ¿No calcan ambas, en lo esencial, los ojos del armiño y la agudeza de su hocico? Animal y mujer miran la misma cosa, algo desconocido para el contemplador y que debe de estar en movimiento a juzgar por el brillo en las pupilas y la visión precisa que parece exigírseles. La tensa dulzura en los músculos del cuello del armiño es transmitida a la musculatura correspondiente de la mujer, y es esa tensión, en ella serenada, la causante de la elegancia indecible de su porte. Pero no sólo esto: también el animal determina el gesto de la mano. Los armiños son criaturas nerviosas, casi espasmódicas, por eso los dedos largos de la mujer rozan el pelo albo con la intención de tranquilizar a la pequeña bestia, evitando así que salte hacia lo que sea que la reclama (¿un pájaro en su jaula?). No menos delicada es la doble flexión de las zarpas menudas del armiño, armas en realidad terribles que sin embargo en el cuadro adquieren un aire inofensivo, diríase que infantil.

Sutilidad, agudeza, brillo, dulzura tensa, precisión, elegancia, quizá inocencia cruel: atributos que el armiño le regala a la dama.

Antes.- La tramposa gramática, tan necesaria –tanto que es otra capa inevitable de la cebolla en que consistimos-, se reserva un par de adverbios con cuyo efecto aturdirnos o entretenernos. Dentro del presente que fluye hay cosas que ocurren *antes* y cosas que ocurren *después*. A menudo me descubro fascinado por un evento que se desarrolla justo antes de lo que viene a continuación de él. Esto es, me asombran ciertas situaciones anteriores. También, claro, me sorpren-

den muchas cosas sobrevenidas, pero, por una obvia cuestión de orden, las dejaré ahora a un lado y aludiré antes a las que van primero.

Por ejemplo, contamos con el antes de leer un libro apetecible. No siempre se da el caso, pero basta la conjunción de elementos en general azarosos, como un autor aún no leído del que se tienen buenos informes, quizá otro autor bien conocido y por ello deseable, un tema atractivo o la firmeza de una intuición, para que se construya la expectativa de lectura grata, imperiosa en numerosas ocasiones. Por lo que a mí respecta, inmerso en la sensación de prefacio a un disfrute prometido, suelo entregarme al tanteo y a las catas. Leo una frase, un párrafo tal vez, del comienzo o del final, o del ecuador de la obra. De este modo, calibro, degusto, capto el aroma del alimento que me espera en el después de estar leyendo por fin. Este antes de leer administra por sí mismo una dosis muy alta de satisfacción. A ciertos lectores compulsivos los abisma en la perversa conducta consistente en no llegar a leer por completo el libro o ni siquiera comenzarlo propiamente, y enseguida buscar uno nuevo, tan grande es la adicción al fervor previo, tan deformante el apego a lo que acontece con anterioridad al acontecimiento guía, experimentado entonces como demasiado lejano, allí, en su remoto futuro inmediato.

Los antes abundan, no resultan en absoluto raros. Cómo iban a serlo si es necesario que algo tenga lugar antes de lo que está pasando. Hay, cierto es, algunos antes con rango de canónicos, como el ostentado por el de la lectura. Pero ahí están también todos éstos: el antes de los viajes, fértil en la conciencia de cualquiera; el antes de salir de fiesta, ritualizado, automático; el de irse a dormir, con no menos pautas, pero más denso; el antes de haberse uno enamorado, casi incomprensible luego, y digno de nuestra clemencia; el antes de nacer, ese que existe para el más opaco olvido. O, en definitiva, el antes de morir, el de la prolongada caducidad, el que estuvimos llamando, antes, vida.

Sobrecarga.- Al borde de un camino asfaltado entre naranjales acabo de ver, puesto contra el pequeño talud de un bancal –muy sucia la tela aterciopelada, de color crema-, un sillón abandonado y lleno de caracoles, invadido por caracoles, convertido por decenas de caracoles, allí, al sol de media tarde, en un magritte polvoriento y reseco, o en un dalí sobrecargado de significación.

Sílex elegíaco.- Tengo cerca, en mi mesa, dos pequeñas piedras de sílex que a menudo hago pasar por gusto entre mis dedos. Son duras y suaves. Su color, gris muy oscuro y mate. Esta tonalidad mate delata que se han ido empapando de reflejos y reflejos a lo largo de su biografía geológica. Como si

estuvieran saturadas de un brillo que hubieran acumulado capa tras capa hasta dejar su superficie incapacitada para el fulgor. El destello quedó anulado en ellas por hartazgo, se diría. Las imagino siendo al principio cristales claros; habrían absorbido una luz que las fue oscureciendo hasta la casi opacidad. Habrían nacido, en consecuencia, de la gran obcecación del sedimento. Y de la gigantesca fatiga del propio depositarse.

Algo parecido espera a cuanto está brillando real o figuradamente en el presente. El sílex es advertencia, futuro llegado del pasado. Nada excepcional, por otra parte. Pues así como estos dos pequeños fragmentos de silicato ya duermen en la mortalidad de lo duro y lo suave sin brillo, también las cosas y los seres que refulgen ahora mismo en transparencia o vida irán ahogándose con transparencia o vida hasta enturbiarse o declinar. A todo le aguarda su epílogo, el colapso de su fulguración.

El sílex representa la presencia de un porvenir formado hace millones y millones de años. Qué agradable resulta notar estas piedrecitas entre mis dedos. Juego con ellas sin darme cuenta. Sin darme cuenta.

La luz del níscalo.- Es verdad que cuando se está en trance de buscar y recoger setas, se encuentra uno inmerso en un escenario complejamente iluminado: el interior del bosque, recinto donde las sombras ganan o al menos no se arredran ante los envites de la luminosidad diurna. Con todo, o por eso, cualquier presencia de luz se ve remarcada allí al contrastar con el ambiente. Es lo que le ocurre a la luz propia emitida por la mayoría de las setas desde su parte inferior, la que contacta de un modo tan apretado con el suelo del bosque. En el níscalo tal vez resida el mejor ejemplo de esto. Cuando, una vez cortado, a ese hongo se le da la vuelta, lanza sobre el rostro del recolector un haz de luz tan infrecuente como difícil de describir, cuya naturaleza depende, claro, del color de esa zona, un anaranjado indeciso pero de limpidez y delicadeza admirables, aun viniendo como viene de tocar la tierra oscura en un vis-a-vis de muchos días. Durante los meses sin setas añoro esa brevísima emanación de luz pálida. Me envidio al recordarme girando la muñeca para que se libere sobre mí un leve resplandor que ha fabricado el humus.

O eso me parece.- En la foto posamos mi hermana Fini y yo. No puedo precisar la fecha; tendríamos siete u ocho años y cuatro o cinco, respectivamente. Nos da en la cara el sol matinal de junio, durante la feria de Medina Sidonia, por eso ambos fruncimos el entrecejo y entornamos los ojos. Mi hermana posa con

mayor naturalidad que yo, que mantengo los brazos algo flexionados de manera que mis codos son vértice de ángulos no del todo paralelos al cuerpo. Como si mi timidez me hubiera hecho adoptar la postura militar de firmes, aunque con torpeza y fragilidad. La foto corresponde a una parte de mi infancia casi por completo exenta de recuerdos, es lógico. Como mucho, accedo a imágenes con toda seguridad infieles. Aun así son imágenes poderosas: el patio del cuartel, el gallinero, mi madre con delantal, cierto cernícalo criado en casa, grandes balas de algodón amontonadas en un almacén, los borricos en fila de los aguadores y la amplitud inconcreta del campo sin horizonte (una cosa, el horizonte, nunca tenida en cuenta por los niños). Recuerdo poco más, lo suficiente como para haber alimentado la sensación –por otra parte común a cualquiera- de que fueron años dulces, de dulzura rural en mi caso. Por eso me pregunto ahora qué contrariedad me estaría afectando cuando se tomó la foto; mi cara, con una mueca casi compungida, muestra cierto disgusto derivado de alguna pena efímera. O eso me parece. Ahí está mi rostro detenido en un segundo de daño irrelevante. La foto lo convierte en permanente, prolongando y prolongando el hecho tenue que debió de ser. Qué lástima no tener fotografías del cernícalo ni de las balas de algodón sobre la que era tan divertido tirarse. Aquella felicidad, que duró más que todos los blancos contratiempos de entonces, se quedó fuera de las fotografías, el afuera donde la verdad es más verdad, aunque borrosa.

Manotazo.- Agradezcamos a los insectos su contribución al acrecentamiento de nuestra conciencia. Demasiadas veces permanecemos demasiado separados de lo que no somos, del decorado aéreo y material de nuestro alrededor, tan necesitado de nuestra interiorización. Ellos nos devuelven ese lugar y nos devuelven a ese lugar. El manotazo con que los apartamos, el gesto brusco con que los esquivamos o la mueca de asco ensayada por tantos ante su visión nos sirven inconscientemente para despertar un instante de nosotros mismos (del sueño las más de las veces liviano e irrelevante que llamamos *nosotros mismos*) y para contactar con aquello que ya contactamos de continuo si bien en el modo anestésico de sólo ser. ¡Necesitamos también experimentar que estamos! La mayor parte del tiempo nos comportamos como filósofos cuyos análisis se limitan al ser, sin dedicar un solo gramo de pensamiento al estar. Somos pensantes en permanente racanería de esa meditación. Por eso nos movemos en medio de las cosas, cerca o lejos de ellas, no con indiferencia (pues la indiferencia implica atención desdeñada, algunos céntimos intelectuales gastados en ella) sino con anonadamiento. La molestia o la mera presencia de los insectos nos espabilan. Así es como enriquecen

nuestra conciencia al activarla en su riqueza interna con el acto de recuperar el mundo, única forma no hueca de decir nuestro nombre completo, que es Yo, con sus dos apellidos, Soy y Estoy.

Fuego cansado.- No podemos eludir la metafísica de la comprensión. Nos comportamos como si hubiera un lugar, una instancia, un enfoque llamado así, *comprensión*, que estuviera a nuestro alcance. Toda filosofía se nutre de esta multiforme metafísica. Querer comprender, es decir, aspirar a la entrada en una solución o a la salida de un problema, vale tanto como buscar una trascendencia, una formalidad universal, otro plano de perspicuidad última, otro mundo que sólo podría ser extralingüístico. Y es inútil. Porque no hay más leña que la que arde: la conciencia consumiéndose sin consumirse. Somos fuego cansado que fantasea con su extinción.

Bondad de la fórmula.- Hay menos poesía en lo vago que en lo rotundo. Por *lo rotundo* entiendo la expresión en fórmula insustituible de algo rotundo o de algo vago. Por *lo vago* sólo cabe entender lo formulado sin fuerza, lo mal formulado. En literatura, cualquier cosa puesta en una formulación con potencia expresiva se carga de poesía, tanto da si lo formulado posee significación imprecisa (entonces se dibujará un poco más, prometerá definirse) como si tiene significación precisa (entonces perderá contorno, hará una promesa de profundidad).

Las posturas del sueño.- Dormir, que no es soñar, implica una física por efecto de la cual la gravedad moldea nuestro cuerpo sin aparente resistencia. Echados sobre la cama y olvidados de nuestro peso, es éste mismo peso atraído hacia el colchón el que nos esculpe en bajorrelieve. De las figuras resultantes existe un catálogo extenso, si bien toda su variedad depende de unos cuantos patrones.

Consideraré primero al durmiente inmóvil, el que con toda propiedad *cae muerto* sobre el lecho, en una posición que no variará; representa tal vez un modelo envidiable de acceso al sueño y de permanencia en él; al penetrar en un paréntesis tranquilo por amnésico, queda agraciado con la facilidad de la función reparadora; es un feliz, porque su despertar se parece a la pura resurrección. En cambio, pondérese al inquieto y su ajetreo con los ojos cerrados: sus movimientos, sus giros, sus patadas ¿no conforman un absurdo, una gimnasia contradictoria? Hay lógica, no obstante, en el durmiente fetal, pues tendemos a no notar conflicto en la metáfora que junta sueño con retorno. Y ahí está el que duerme en supino, la posición más fúnebre a no ser que la adopte un niño. Y contemos también con el

que duerme bocabajo, en actitud de búsqueda de qué, mirando a dónde. Y con ese que acaba en los pies de la cama, ciego auténtico, auténtico perdido en la oscuridad. Y el que se abraza a la almohada, sensual o abandonado. Y los que terminan dormidos en abrazo, amantes o quién sabe si negligentes.

Las posturas del sueño son manías inconscientes, son gestos no elegidos y en consecuencia indefendibles. Ocurren, eso es todo. Sospecho que no constituyen sino una cáscara legible en términos de emblema psicológico, pero cáscara al fin y al cabo.

Nos salvamos.- La vida interior es confusa, un embrollo de ideas en inminencia, en uso o en descomposición. La vida interior puede ser asfixiante. Menos mal que algo venido de fuera, una percepción, alguna cosa vista, puede aliviarla momentáneamente, puede permitirle respirar hondo. La vida interior –el pensamiento solo, a solas- abandonada a su puro bullir nos sofocaría. Para que no quedemos cegados por nuestra mente es necesario mirar. Gracias a las ventanas no odiamos nuestra casa. Gracias al mundo nos salvamos.

(*De un libro inédito de prosas*)